

## Épocas de catacumbas

**E**n la complejidad del proceso histórico parece advertirse un continuo movimiento pendular. Pero no marca, este oscilar del péndulo, períodos regulares en cuanto a su amplitud y tiempo, y por lo tanto en cuanto a su velocidad. Al contrario, quien asiste, percibiéndolo de algún modo, a este movimiento invisible del péndulo, queda siempre sorprendido por su veloz retorno, que coincide con la indicación de una hora decisiva de la historia, si el acontecimiento se verifica en el presente. Y cuando se trata del pasado, la sorpresa encuentra refugio en conceptos como el de decadencia, caída, catástrofe. Estos conceptos suelen responder a una verdad.

Es verdad, de hecho, que la historia, tal como se ha desarrollado hasta hoy, está de tal modo sembrada de catástrofes que más bien se podría decir que sea ella la que ha sido sembrada en una suerte de suelo catastrófico del que, a veces, se eleva hasta tocar la zona de la libertad, de la razón —que al mismo tiempo es poesía—, de lo que llamamos creación humana. Es el instante de la concordia, de la adecuada respuesta del hombre al orden de la creación.

Sólo si seguimos con desapasionada atención el oscilar del péndulo que marca los retornos, las catástrofes, si encontramos la intrepidez indispensable para escrutar en su fondo, advertimos allí que atraviesa el vórtice del horror el oscilar del péndulo intacto, que es la continuidad de la historia; el hilo que atraviesa el huracán y al que el superviviente ha de aferrarse intentando descubrir el orden que subsiste.

Esto conduce la atención de este espectador sufriente e impasible a un tiempo —el superviviente— hacia épocas remotas. El péndulo, como una varita mágica, le despierta de nuevo, hace que resuciten, desde el abismo donde yacían, sepultados Atlantes. Son, ahora, las llamadas “épocas oscuras” las que intervienen para iluminar el sombrío horizonte que aparece detrás de la catástrofe que pone fin a las épocas claras.

De hecho, las mayores y siempre imprevisibles catástrofes de la historia acontecen en las épocas de mayor claridad y, hecho paradójico, suelen venir anunciadas por un breve período pastoril e idílico, de juegos paradisíacos. Parece, así, que estas huidas a un efímero paraíso edificado sean ya la brisa que precede al viento de la locura. Y muy pronto de la claridad de la razón y del conocimiento obtenido a través suyo surgen —como en la reciente catástrofe europea— ciencias, técnicas que se aplican a la destrucción no sólo del hombre, sino de lo humano en el hombre: ciencias nacidas de lo que es más esencial en el hombre, el deseo desinteresado de saber, puesto al servicio de la obra de expoliación de lo humano, incluso de la sustancia misma del ser humano.

Entonces, para quien observa, el péndulo señala con su continuo oscilar otras épocas, desdeñadas y condenadas como oscuras, otras ciencias, otros modos de proceder respecto a la realidad, y, por tanto, otra realidad u otros aspectos de ésta que estaban eclipsados.

Se ve, entonces, que después de la caída o en la “decadencia” —en el terreno irreconocible en el que el hombre se encuentra siempre

que cae se ofrece la revelación de algo ya acontecido alguna vez y que puede ser reconducido a la memoria. Como si en la diversidad de los momentos de la historia no dispusiéramos sino de contados lugares en los que vivir; sólo de algunas “moradas vitales”, según la feliz expresión de Américo Castro.

Y la que parece hospedarnos ahora es una antigua, olvidada morada vital, que se podría llamar el tiempo de las catacumbas. Ya que lo que define los momentos históricos y, en ellos, la “morada” es, no puede ser otra cosa que una determinada estructura del tiempo, del tiempo tal como es vivido.

Con frecuencia se ha dado al “espacio vital” el primer lugar en los hechos de la historia, como si el hombre habitase del modo más inmediato y a la vez decisivo un territorio donde poderse mover, donde la actividad personal e histórica se desarrolla. Y no es que este “espacio vital” no exista como hecho primario. Pero sucede que este hecho primario está a su vez posibilitado y sostenido por algo menos tangible, pero más inmediato, e íntimamente conectado a la condición humana, como es el tiempo. Y esta situación actual, la de vivir de nuevo en las catacumbas, lo prueba de modo evidente.

Es la vida en las catacumbas una vida oculta, subterránea, yo diría que una vida que discurre en el silencio. Pero el silencio sólo existe en las catacumbas en un primer momento; pronto se puebla de un rumor similar al de un río, el río de la inmensidad del tiempo; de todo el tiempo.

En las épocas de claridad el tiempo se vuelve estático, casi como un amplio presente. Un amplio presente que, sin embargo, limita y encierra, puesto que no se abre, a la manera de un círculo fijo, cristalino, donde parece que el correr del tiempo quede al fin capturado.

En las catacumbas, por el contrario, el tiempo se desvela en su total inmensidad ilimitada. Su noche se manifiesta como la noche

de los tiempos, donde el pasado más remoto y el futuro invisible resultan coetáneos, unidos en el palpar de la vida primera, del primer soplo creador que atraviesa y une todos los tiempos transcurridos y por venir. En esto se advierte la profunda, esencial concordia de todo cuanto respira. Y también el firmamento, que es visible sólo desde la oscuridad, se da a conocer como un misterioso ser vivo, como una escritura viviente. La realidad parece ofrecerse a sí misma, libre de la constricción que sobre ella ejerce la pregunta del pensamiento, la pregunta que cela el interés que yace en el “pensamiento desinteresado” cuando ha pasado su hora de inocencia, y del que de repente nacen ciencias, técnicas que se adaptan, finalmente, a la tortura.

Y otra claridad comienza a entreabrirse en este tiempo abierto de las épocas de oscuridad. Una claridad que procede de una articulación de la luz diferente, de una diferente sintaxis, a la vez física y ultraterrena. El hombre, lentamente, penosamente, se siente restituido a su condición de animal celeste, de animal de un universo del que le llegan como signos las estrellas y el rumor de palabras no formadas todavía, palpitantes aún en la luz creadora.

Parece imposible que se dude en reconocer que al menos aquí, en Europa, se ha entrado ahora ya en una de estas épocas oscuras, en las que los más vigilantes y pacientes empiezan a vivir como en el tiempo de las catacumbas; que se empieza ya a oír el rumor de este tiempo inmenso, ahistórico o suprahistórico. Y que la mirada, dejándose guiar desde la oscuridad, se adentra en ella dispuesta a recibir todo lo que encuentre. Y que la mente renuncia a la pregunta que va en busca de la ciencia de la que estos frutos han caído. Un signo del hecho de que esto está sucediendo lo he encontrado en un ensayo del escritor italiano Elémire Zolla, *Melville o l'abbandono dello Zodiaco*.

Del tiempo de las catacumbas nacen obras reconocibles no sólo por lo que dicen y

sugieren, sino ante todo por su estructura. Una estructura matemática, cristalina, como es ésta del texto de Zolla. La inmensidad del tiempo ha sido respirada, vivida, consumada. Y, a la vez, se ha ido transformando, ha tomado forma en una multiplicidad de dimensiones temporales, por obra de un pensar inocente. Inocencia del pensamiento que no es sino el ejercicio, el concretarse de su libertad. Una estructura cristalina que al llegar a la mente del lector se hace líquida, sin perder, por un fenómeno paradójico, su forma; fluida, sin perder su matemática precisión.

Así, el pensamiento ha alcanzado el equivalente del océano primario del tiempo que irrumpe en las catacumbas. Y el pensamiento, sin diseños o programas que lo violenten, sigue su propia ley, que es la de sacar del tiempo "dado" una forma. La forma de la libertad, donde la realidad viviente -viviente, siempre- puede aparecer, desvelarse. Se advier-

te así la posibilidad de que se cumpla la proposición de la *Ética* de Spinoza que dice: "Ordo et conexio idearum idem est ac ordo et conexio rerum".

Es un modo de pensamiento que, contrariamente a lo que le pueda parecer a un apresurado lector, aniquila en su raíz el deseo de aventura y la voluntad dirigida a cualquier forma de poder, ya que conduce, como es bien visible en el ensayo de Zolla, a una órbita. Y obtener de nuevo la órbita -forma perfecta de la libertad- es la acción típica de los que habitan en las catacumbas. Y es el acto de pensamiento más necesario en nuestros días.

*L'approdo letterario. Rivista trimestrale di lettere e arti*, nº 12, ERI-Edizioni Rai Italiana, octubre-diciembre 1960.

*Traducción: Carmen Revilla*

## Epoche di catacombe

**N**ella complessità del processo storico sembra di avvertire un continuo movimento pendolare. Ma non segna, questo oscillare del pendolo, periodi regolari, quanto ad ampiezza e a tempo, e quindi quanto a velocità. Al contrario, chi assiste, percependolo in qualche modo, a codesto moto dell'invisibile pendolo, vien sempre sorpreso dal suo veloce ritorno, che coincide con l'indicazione di un'ora decisiva della storia, se l'avvenimento si verifica nel presente. E quando si tratta del passato, la sorpresa trova rifugio in concetti quali quello di decadenza, di caduta, di catastrofe. Tali concetti sogliono rispondere a verità.

È vero, difatti, che la storia, quale s'è svolta fino ad oggi, è seminata siffattamente di catastrofi, che potrebbe piuttosto dirsi che essa sia seminata in una sorta di suolo catastrofico, dal quale a volte si solleva fino a toccare la zona della libertà, della ragione — che al tempo stesso è poesia di ciò che chiamiamo creazione umana. È l'istante della concordia, dell'adeguata risposta dell'uomo all'ordine della creazione.

Soltanto, se seguiamo con spassionata attenzione l'oscillare del pendolo che segna i ritorni, le catastrofi, se troviamo l'intrepidezza indispensabile per scrutare nel loro fondo, si avverte là, che attraversa il vortice dell'orrore, intatto l'oscillare del pendolo che è la continuità della storia; il filo che attraversa la bufera e al quale il superstite deve afferrarsi tentando di scoprire l'ordine che sussiste.

Ciò conduce l'attenzione di codesto spettatore sofferente e impassibile a un tempo — il

superstite — verso epoche remote. Il pendolo, come una bacchetta magica, le ridesta, fa che risuscitano dall'abisso dove giacevano, sepolte Atlantidi. Sono, ora, le cosiddette "epoche oscure" che intervengono a illuminare il fosco orizzonte che appare dietro la catastrofe che mette fine alle epoche chiare.

Infatti, le maggiori e sempre imprevedibili catastrofi della storia avvengono nelle epoche di maggiore chiarezza e, fatto paradossale, sogliono essere annunciate da un breve periodo pastorale e idillico, di giuochi paradisiaci. Sembra, così, che codeste fughe in un effimero paradiso edificato siano già la brezza che precede il vento della pazzia. E ben presto dalla chiarezza della ragione e dalla conoscenza ottenuta per suo mezzo sorgono — come nella recente catastrofe europea — scienze, tecniche che s'applicano alla distruzione non solo dell'uomo, ma dell'umano nell'uomo: scienze nate da ciò ch'è più essenziale dell'uomo, il desiderio disinteressato di sapere, messo al servizio dell'opera di spoliazione dell'umano, anzi della sostanza stessa dell'essere umano.

Allora, a chi osserva, il pendolo segnala col suo continuo oscillare altre epoche, disdegnate e condannate come oscure, altre scienze, altri modi di procedere verso la realtà, e pertanto un'altra realtà o altri aspetti di essa, che s'erano eclissati.

Si vede, allora, che dopo la caduta o nella "decadenza" — nel terreno irricognoscibile dove l'uomo si trova ogni qualvolta cade — si offre la rivelazione di qualcosa già accaduta un tempo e che può esser ricondotta alla memoria. Come se nella diversità dei momenti della storia non disponessimo se non di contati luoghi ove vivere; sol-

tanto di talune "dimore vitali", secondo la felice espressione di Américo Castro.

*E questa che sembra ospitarci ora, è un'antica, obliata dimora vitale, che potrebbe chiamarsi il tempo delle catacombe.*

*Giacché ciò che definisce i momenti storici e in essi la "dimora" è, non può esser altro che una determinata struttura del tempo, del tempo tale come lo si vive.*

*S'è dato con frequenza allo "spazio vitale" il primo luogo nei fatti della storia, come se l'uomo abitasse nel modo più immediato e insieme decisivo un territorio dove potersi muovere, dove l'attività personale e storica si svolge. E non che questo "spazio vitale" non esista come fatto primario. Ma accade che tale fatto primario è a sua volta reso possibile e retto da qualcosa di meno tangibile, ma più immediato, e intimamente connesso alla condizione umana, qual è il tempo. E questa situazione attuale, di vivere di nuovo nelle catacombe, lo prova in modo evidente.*

*È, la vita nelle catacombe, una vita occulta, sotterranea: sono per dire una vita condotta nel silenzio. Ma il silenzio non esiste nelle catacombe se non in un primo momento; presto esso si popola d'un rumore simile a quello di un fiume, il fiume dell'immensità del tempo; di tutto il tempo.*

*Nelle epoche di chiarezza il tempo si fa statico, quasi un ampio presente. Un ampio presente che tuttavia limita e rinserra, poichè non s'apre, al modo d'una volta fissa, cristallina, dove sembra che il correre del tempo sia finalmente catturato.*

*Nelle catacombe, invece, il tempo si svela nella sua totale immensità illimitata. La loro notte si manifesta come la notte dei tempi, dove il passato più remoto e il futuro invisibile divengono coevi, uniti nel palpitare della vita prima, del primo soffio creatore che attraversa e unisce tutti i tempi trascorsi e da venire. In esso s'avverte la profonda, essenziale concordia di tutto*

*quanto respira. E anche il firmamento, che è visibile solo dall'oscurità, si dà a conoscere come un misterioso essere vivo, come una scrittura vivente. La realtà sembra offrirsi a se stessa, libera dalla costrizione che su essa esercita la domanda del pensiero, la domanda che cela l'interesse che giace nel "pensiero disinteressato" quand'è passata la sua ora d'innocenza. E dal quale improvvisamente nascono scienze, tecniche adatte, finalmente, alla tortura.*

*E un'altra chiarezza comincia a schiudersi in questo tempo aperto delle epoche di oscurità. Una chiarezza che procede da una diversa articolazione della luce, da una diversa sintassi, insieme fisica e ultraterrena. L'uomo, lentamente, penosamente, si sente restituito alla sua condizione di animale celeste, di animale di un universo dal quale gli giungono come segni le stelle e il rumore di parole non ancora formate, palpitanti ancora nella luce creatrice.*

*Sembra impossibile che si esiti a riconoscere che almeno qui, in Europa, si è entrati ormai in una di codeste epoche oscure, dove i più vigili e pazienti cominciano a vivere come nel tempo delle catacombe; che si comincia già a udire il rumore di questo tempo immenso, astorico o soprastorico. E che lo sguardo, lasciandosi guidare dall'oscurità, s'addentra in essa disposto a ricevere quanto incontrerà. E che la mente rinuncia alla domanda che va in cerca della scienza dalla quale tali frutti sono caduti. Un segno del fatto che ciò sta accadendo, m'è apparso in un saggio dello scrittore italiano Elémire Zolla, Melville o l'abbandono dello Zodiaco.*

*Dal tempo delle catacombe nascono opere riconoscibili, non solo da quanto esse dicono e suggeriscono, ma anzitutto dalla loro struttura. Una struttura matematica, cristallina, qual è questa del testo di Zolla. L'immensità del tempo è stata respirata, vissuta, consumata. E s'è andata, insieme, trasformando, ha preso forma in una molteplicità di dimensioni temporali, ad opera d'un pensare innocente. Innocenza del pensiero che non è se non l'esercizio, il concretarsi della sua libertà. Una struttura cristallina che giun-*

*gendo alla mente del lettore si fa liquida, senza perdere, per un fenomeno paradossale, la sua forma; fluida, senza perdere la sua matematica precisione.*

*Così, il pensiero ha raggiunto l'equivalente dell'oceano primario del tempo che irrompe nelle catacombe. E il pensiero, senza disegni o programmi che lo violentino, segue la sua propria legge che è quella di trarre fuori dal tempo "dato" una forma. La forma della libertà, dove la realtà vivente –vivente, sempre- può apparire, svelarsi. S'avverte così la possibilità del compimento della proposizione dell'Etica di Spinoza che dice: "Ordo et conexio idearum idem est ac ordo et conexio rerum".*

*È un modo di pensiero che, contrariamente a quel che possa apparire a un frettoloso lettore, annienta alla radice il desiderio d'avventura e la volontà rivolta a qualsiasi forma del potere. Giacché conduce, com'è ben visibile nel saggio di Zolla, a un'orbita. E riattingere l'orbita –forma perfetta della libertà- è atto tipico di coloro che dimorano nelle catacombe. Ed è l'atto di pensiero più necessario, ai nostri giorni.*

*Traduzione di Francesco Tentori Montaldo*

*L'approdo letterario, n° 12, Edizioni Rai Radiotelevisione Italiana, 1960.*